

Historias imperiales

Existe en Uruguay la peligrosa tendencia a creer que somos un país demasiado pequeño como para preocupar a EEUU. La historia, sin embargo, enseña otra cosa.

En reiteradas ocasiones en los últimos meses, he oído de boca de connotados dirigentes políticos, el argumento de que Uruguay es, en el concierto internacional, una expresión sin consecuencias. También dicen, esas mismas bocas, que los países más poderosos del planeta, como EEUU, Gran Bretaña, Francia, por citar sólo algunos, están demasiado atareados en gobernar los grandes asuntos mundiales como para atender nuestros planteos, nuestros reclamos, en fin, muy ocupados como para molestarse siquiera en escucharnos.

Algunas noticias han colocado una vez más, durante la última semana, el eje de la información en las labores que cumplen las tropas de ocupación en Irak. Las fotografías que enseñan a soldados británicos torturando a prisioneros iraquíes no son sino una réplica de aquellas otras en las que varios oficiales del ejército de EE UU, en la cárcel bagdadí de Abu Graibh, realizaban las mismas prácticas.

Nosotros, los uruguayos, tenemos un amplio conocimiento en la materia. Sabemos en qué consisten las técnicas de interrogatorio de los norteamericanos. Casi todos los pueblos latinoamericanos conocen al detalle dichas técnicas. En nuestro caso, durante la década de 1960, un grupo de expertos en planificación y realización de interrogatorios desembarcó de manera más o menos sigilosa en Montevideo y, en distintas etapas y de diferentes formas, enseñó a la Policía uruguaya a torturar y a matar en la tortura. Es más: varias personas fueron asesinadas de esa manera en el Uruguay democrático de fines de los 60. Se trataba de bichicomes sin parientes que los reclamaran, o sea sin majaderos a los que hubiera que dar explicaciones.

El episodio más conocido de aquella época es el que culminó con la muerte por bala en la nunca de Dan A. Mitrione. Como sabe cualquier uruguayo mayor de cuarenta (y como debería saberlo cualquier uruguayo sin importar cuál sea su edad) ese hombre era un agente de los servicios secretos de EEUU, y fue

enviado a Uruguay, en 1970, para cumplimentar una serie de acuerdos de capacitación entre los dos gobiernos, o sea el de EEUU y el de Uruguay.

El acuerdo marco de cooperación entre EEUU y Uruguay fue firmado por los presidentes Richard Nixon y Jorge Pacheco Areco. Imagínense dicho papel. ¡El peso de esas dos firmas! ¡Los arabescos de dichas rúbricas! Nada menos que Nixon, al pie de la página, y un par de líneas más arriba, a la izquierda de la página, el benemérito Jorge Pacheco Areco...

Por supuesto que Mitrione llegó al Uruguay con el conocimiento expreso de las más altas jerarquías de la época: el presidente Pacheco, su ministro del Interior, el de Relaciones Exteriores, el Jefe de Policía y, last but not least, el embajador uruguayo en EEUU. Los mandos policiales conocían al detalle las especializaciones de Mitrione, y entre sus "alumnos" figuraban destacados funcionarios de carrera, que después desarrollarían un papel por demás sombrío, en los albores de la dictadura cívico militar.

Como también se sabe, y a veces se olvida, Mitrione fue secuestrado por los Tupamaros y, después de una negociación estropeada por el arresto de Raúl Sendic y de otros dirigentes del MLN, fue ejecutado de un balazo. Costa Gavras, el director de cine, hizo una buena aunque inexacta película sobre el tema. Montand asumió el papel de Mitrione. La película se filmó en el Chile de Allende, curiosamente en el marco de una situación política que iba a propiciar, menos de un año después de concluido el rodaje, el desembarco de más expertos norteamericanos, esta vez en "lo que fue Santiago ensangrentada".

Son hechos históricos. Episodios incontestables de un pasado que nos abarca a todos. El disparador de esa memoria puntual, en mi caso, fue ver la fotografía de los británicos torturando a los iraquíes. Y, por qué no decirlo, el desvelo que a muchos nos causa el rumbo de la política exterior norteamericana. Esa deriva que, siempre, parece concluir en un nuevo zarpazo. Afganistán, Pakistán, Irak... Irán puede ser el próximo paso.

En ese marco, uno tiende a darles la razón a quienes pretenden suponer que "Uruguay no existe" para el emperador y sus asesores. Es un error pensar así. Un grave error. La historia, de forma reiterada, ha demostrado que la capacidad de conspirar tiene en Washington siempre un refugio seguro. No hay peor pecado, en asuntos de política internacional, que la ingenuidad. Se paga caro. Y en general, pagan también justos por pecadores.

Publicado en Montevideo.Comm el 24 de enero de 2005.